

TIEMPOS DE BRUMA
EL CRIMEN DE LOURDES TXIKI

JOSE LUIS VÉLAZ

Primera edición: Octubre 2018.

© Tiempos de Bruma. El crimen de Lourdes Txiki.

© Jose Luis Vélaz Negueruela.

Imagen de portada:

Himmler en San Sebastián. Octubre 1940. Foto Fundación Castañé

https://elpais.com/elpais/2015/10/13/fotorrelato/1444747453_605541.html#foto_gal_4

Edita: Ulzama ediciones.

Maquetación e impresión: Ulzama Digital.

ISBN: 978-84-949212-2-3

Depósito Legal: NA 2350-2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Los hombres son tan simples y se someten hasta tal punto a las necesidades presentes, que quien engaña encontrará siempre quien se deje engañar.

Nicolás Maquiavelo.

Los simples son carne de matadero: se los utiliza cuando sirven para debilitar el poder enemigo, y se los sacrifica cuando ya no sirven. (Fray Guillermo de Baskerville al Abad).

Umberto Eco. El nombre de la rosa.

Salvo concretas excepciones se ha respetado la grafía de los nombres de personas, poblaciones, calles y otros lugares en consonancia con los oficiales existentes en la época a la que se refiere la obra.

Tiempos de bruma es una obra de ficción. Documentada con hechos reales y dentro de un contexto histórico se entremezclan hechos y personajes auténticos con otros de ficción; si bien, el autor ha obrado en todo momento con libertad absoluta para modificar tanto a los personajes como los detalles históricos en función del relato de ficción, resultando por todo ello imaginarios, sin que los hechos narrados tengan que corresponder con la realidad.

Las personas —en cada época según sus medios— siempre han estado controladas por el poder —en todas sus acepciones—, para ello este necesita información oculta e íntima de sus adversarios, de quienes puedan hacerle frente, muchas veces sitios entre sus más cercanos, mas también de cualesquiera otros; información que analizada debidamente ha de servir para conocer sus intenciones... por eso siempre estarán ahí, de una u otra forma, y en particular en tiempos de bruma, **los espías que te observan...**

I

Preludio

En estos días oscuros, abandonado a mi suerte en un triste hospital de una apartada isla cuyo nombre prefiero reservarme, mientras espero la muerte, a mis noventa y cuatro años, ahora que ya no aguardo otra cosa y que tampoco temo a nada, me dispongo a narrar una terrible historia, jamás contada, que me tocó vivir en primera persona cuando el veterano coronel de la Gestapo Klaus Hoffmann, me eligió como su ayudante para una misión, que yo, desde luego, desconocía. Y aunque olvide si he tomado mi medicina de esta misma mañana; sin embargo, aquellos hechos, los recuerdo como si volviera a ese pasado, pues los tengo grabados en mi memoria a prueba de fuego.

Fueron unos días, en 1940, que todavía hoy me atormentan. No sé llorar. Hace tiempo que perdí la sistemática para ello. A cambio, imagino un rostro —es el mío—, del que brotan continuos regueros de lágrimas cayendo por las comisuras de los ojos. Me invade la tristeza. Y la rabia... ¡Ay, la rabia! —resuenan estruendosas carcajadas en mi interior—,

purificadora esta, salvándome, una vez más, del abismo de la depresión para envolverme en un nuevo proyecto, en una nueva esperanza: en narrar, ahora, lo que sé y viví. Eso me hace seguir.

Acababa de cumplir dieciocho años cuando me llamó y me ordenó que me presentara en la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA, por sus iniciales en alemán), de la calle Prinz-Albrecht en Berlín, donde me darían los documentos necesarios para que me desplazara a París. Allí, al día siguiente, 22 de septiembre de 1940, debía reunirme con él, en la estación de Montparnasse, para un viaje por tiempo indefinido, pero que muy probablemente iba a ser de larga duración. Nunca supe, realmente, el motivo por el que me eligió a mí. Hasta comienzos de la guerra había sido un estudiante normal, al que le iban mejor las matemáticas y la resolución de crucigramas que la Historia del Arte o la Geografía. Siempre pensé que el hecho de que hablara, de forma bastante correcta, el español, lo que figuraba, entre otras cosas, en mi ficha de las juventudes nacionalsocialistas habría sido la causa de mi elección. El coronel Hoffmann tenía entonces sesenta y ocho años y un extenso currículum militar. Con la Primera Guerra Mundial había abandonado su carrera como profesor universitario de ingeniería industrial incorporándose a la policía militar donde había destacado, resolviendo casos que a veces poco tenían que ver con la propia guerra, solo que habían sucedido en ese momento y entre militares. A su término había pasado tres años en Argentina, al parecer, por un proyecto de investigación en

dicho país hasta que regresó nuevamente a Alemania. Con la nueva guerra, lejos de retirarse, había sido considerado muy útil para determinadas misiones en el seno de la Gestapo. Era un hombre fuerte, de recias y pronunciadas mandíbulas, siempre bien afeitado, con el pelo blanquecino, engominado, bajo su gorra militar, y sus ojos claros, de pálido gris, profundos, exaltados, como en permanente vigilia; también era alto, espigado; vestía impecable, siempre lustrados sus zapatos, y su uniforme limpio, cubierto por lo general en invierno, con un abrigo largo de cuero negro cruzado que realzaba su imponencia. Muy reservado, de pocas palabras, apenas me atrevía a preguntarle nada y si lo hacía, muchas contestaciones las daba con su mirada. Llegué a la estación a la hora señalada y unos segundos después el coronel apareció en el lugar establecido. Llevaba una maleta grande consigo y, tras hacerme una seña, me hizo que lo siguiera hasta que observé que nos dirigíamos al andén del tren expreso con destino a Hendaya. En un momento de distensión, al cabo de dos horas de viaje, mientras comíamos algo y antes de intentar conciliar un poco el sueño, osé a preguntar:

—Señor... ¿puedo saber adónde vamos?

Tras un rato en silencio el coronel me miró y al final decidió contestarme.

—Vamos a colaborar con la policía española en la resolución de un crimen que podría afectar a nuestros intereses.

II

Domingo, 8 de septiembre de 1940

Al mismo tiempo que los cazas alemanes bombardeaban la ciudad de Londres dejando sangre y fuego en ambas orillas del Támesis, el teniente Ralf Weber, de la dotación del ejército nazi destinado en Biarritz, se hallaba en la habitación interior 307 del Hotel Europa de la calle Prim de San Sebastián junto a Sara Garmendia; ambos de pie, se miraban en silencio, al borde de la cama del dormitorio iluminado tenuemente con la luz cálida de las mesillas de noche. Él le quitó la diadema de la cabeza dejando caer libremente el cabello, ligeramente ondulado, caoba claro, a juego con las pecas que salpicaban sus suaves pómulos de piel candorosa, sin dejar de mirar su atractivo rostro. Ella le gustaba mucho. La besó en la cara, y luego, mientras sentía el olor de la fragancia que desprendía el cercano cuerpo femenino, bajó sus labios lentamente hacia su cuello, largo y delicado, mientras Sara cerraba los ojos echando hacia atrás rectilínea su cabeza, sintiendo la humedad de la boca del oficial alemán acariciando, tiernamente, su piel sensible, ya estimulada. El tono ámbar de la luz caldeaba la

habitación proyectando la figura de ambos abrazados, sobre la pared, a modo de una pareja de tango. Luego, él puso sus labios sobre los de ella, que mantenía los ojos cerrados, sintiendo, mientras los acogía apasionadamente abriendo la boca para que él penetrara en su interior. Así, el hombre comenzó a desabrochar los corchetes del fino y sedoso vestido blanco, que un cinturón, del mismo tono, hacía subir a la altura de las rodillas de la joven, pero sus manos eran demasiado grandes para lograrlo. La mujer sonrió, como si en ese momento despertara de su letargo amoroso, mientras le apartaba los brazos, soltándose ella misma el vestido. Él también sonrió, sin despegar los labios. Había dejado la gorra sobre la cómoda, resplandeciendo con el tibio fulgor de las lámparas la cabeza joven y recta que mostraba un recortado pelo rubio, como sus cejas, en un rostro perfectamente rasurado, y unos ojos azules, muy claros, que Sara dudaba fueran sinceros. Luego comenzó a soltarle los botones superiores de la guerrera de su atuendo militar de paseo, de las *Waffen-SS*, alegre y divertida, haciendo ademán para que siguiera él, mientras ella se desprendía totalmente del vestido. Desnudos cayeron sobre la cama amándose apasionadamente. Luego quedaron así, por un rato, el hombre aún dentro del cuerpo de la mujer, unidos los cuerpos, tendidos y abrazados. En total silencio. No se oía nada, tan solo la respiración aún jadeante. La fiesta estaba en la calle. Finalmente el militar alemán miró su reloj y sin decir nada se levantó. Ella abrió sus ojos y miró gustosamente la figura impecable, alta y sobria, masculina del teutón, totalmente desnudo que se dirigía a la ducha. Todavía en la

puerta él volvió su cabeza y mirando el cuerpo de la joven sobre la cama se sintió complacido. Ambos se sonrieron con complicidad, también con picardía.

En cuanto Sara escuchó el ruido del agua de la ducha se abalanzó, apresurada y sigilosamente, sobre la ropa del teniente, palpando con sus suaves manos el bulto de la cartera. De un bolsillo del pantalón sacó una grande, de piel negra. Vio que tenía bastante dinero, en francos y en pesetas, pero no le interesó. Rápidamente sacó los documentos de identidad y afiliación copiando detenidamente los datos de los mismos en un papel. Estaba muy nerviosa. De vez en cuando miraba hacia atrás, precavida. El ruido de la ducha que llegaba desde el baño contiguo se seguía oyendo. Guardó precipitadamente la cartera en su bolsillo registrando, ahora, los de la guerrera. Notó que algo sobresalía de un bolsillo interior. ¡Ahí estaba lo que buscaba! El sobre mediano, amarillo, a la atención del señor Beissel, jefe del partido nacionalsocialista alemán de San Sebastián; volvió a mirar hacia atrás y entonces le vio a él, plantado desnudo, apoyado en el marco de la puerta, observándola en silencio, con los brazos cruzados. Aun así el agua de la ducha seguía oyéndose. Ella se estremeció y antes de que fuera a excusarse, él dijo algo, en su idioma, que no entendió, pero que por la forma en que lo expresó no era nada agradable.

—¡Siéntate ahí! —dijo esta vez en castellano mientras mostraba la cama. Luego, cogió el teléfono de la mesilla y pidió a recepción que le pusieran con el número 15315 de la ciudad y habló con alguien, pocas palabras en alemán,

mientras ella seguía sentada al borde de la cama, totalmente desnuda, juntas las manos por las palmas entre los muslos, mirándolo sobrecogida, pero serena.

—¡Vístete y vete. Rápido! —volvió a decir el militar, haciendo un gesto con la cabeza, mostrando la puerta de la habitación. Ella así lo hizo, sin pérdida de tiempo. Él cogió el sobre amarillo dejándolo donde antes lo guardaba, vació el bolso de la joven sobre la cama y la cacheó antes de que se fuera, quitándole la hoja doblada en la que había anotado los datos que había sonsacado de su documentación y, tras mirar y leer la nota, levantó y dirigió su mirada hacia la mujer que se encontraba junto a la puerta colocándose alrededor del cuello un bonito pañuelo largo de seda azul claro.

—Me habías gustado. Es una lástima —dijo él, mientras negaba con la cabeza y luego, con la mano derecha, hizo un gesto para que se marchara. Y ella se fue sin decir ni media palabra.

Dos días después, el cuerpo de Sara Garmendia, sin vida, aparecería en extrañas circunstancias en la gruta de Lourdes Txiki, en la subida del monte Igueldo, con síntomas de haber sido utilizado en un ritual de magia negra.